

COSTA RICA

TREJOS, JOSE JOAQUIN, *Reflexiones sobre la educación*, Ed. Costa Rica, San José, 1963.

En los países americanos de lengua española la Universidad es primaria y fundamentalmente un ideal; un ideal vivo con una verdad y una realidad inmensa; un ideal entronizado por encima de las Universidades concretas y existentes. He aquí por qué el "problema de la Universidad" visto desde su raíz es en aquellos países, el problema de encarnar una idea.

Desde 1916 se vienen elaborando en Sur y Centro-América proyectos de "reforma universitaria". Los inspiradores de tales reformas pretenden remodelar la máxima institución académica para subordinarla a exigencias externas a su propia esencia: crecimiento de la población, democratización de la cultura, cooperación de la Universidad al desarrollo económico del país, creación de una nueva conciencia social y política, supresión de la enseñanza universitaria como privilegio de clase, etc. En suma, las cuestiones que el mundo actual tiene planteadas como consecuencia de las nuevas formas de vida.

Ahora bien, toda esta serie de argumentos en pro de la reforma no expresan todavía el fondo último de lo que con ella se persigue. Se habla de una "inadaptación" de la Universidad a las condiciones de un mundo profundamente renovado, pero aquello en lo que de verdad se piensa es en la "instauración" de una idea viva, honda y clara: una idea verdadera de la Universidad. En realidad lo que se quiere decir es: procuraremos que la Universidad sea lo que debe ser, que sea la encarnación verdadera de un ideal y, entonces, por sobreabundancia, será actual, eficiente y propulsora de todos los valores y de todas las actividades fecundas del país.

El profesor Trejos, de la Universidad de Costa Rica, ha publicado recientemente un libro en el que expone un conjunto de reflexiones personales en el mismo orden en el que han sido pensadas, lo cual es importante. Es en efecto importante que la Universidad responda a las necesidades de su propio país y época pero todo ello está condicionado a una respuesta verdaderamente esencial. "La respuesta a la pregunta sobre qué es la educación se destaca como la conjunción de dos puntos de vista [. . .] reconociendo en ella dos dimensiones. La que podríamos llamar actual e individual, según la cual la educación es el medio por el cual el hombre puede perfeccionarse y desarrollar sus capacidades creadoras con el fin de lograr su mayor bienestar físico y espiritual. La segunda coordinada que determina el significado de la educación es la que podríamos llamar histórico-social, según la cual ella aparece, con respecto a una comunidad, realizando funciones semejantes a la herencia en el individuo: transmitiendo sus caracteres." (pág. 19).

Originalidad de espíritu sin frivolidad; transmisión de los propios caracteres sin monotonía. He aquí el objetivo.

Si en el orden especulativo es un fin primordial de la educación el desarrollar la capacidad creadora de la persona, en el orden práctico el objetivo de la educación es la libertad del hombre. "¿Por qué libertad humana? —se pregunta Bramfield (pág. 35)— ¿Por qué no otro fin equivalente: el amor, por ejemplo? Me veo forzado a admitir un elemento de arbitrariedad en esta selección, pero mi defensa se basa en que en el tipo de planeta que habitamos, no hay "en la actualidad otro más urgente."

Aun aceptando tal criterio y tales valoraciones es preciso preguntarse a continuación: ¿cuáles han de ser las articulaciones de esta orientación educadora que hagan posible el florecimiento de la constitutiva libertad del hombre? Aquí el profesor Trejos, tras muy atinadas referencias a autores clásicos, avanza una observación propia llena de doctrina, que podría resumirse así: esta orientación educadora en busca de la libertad emana, al menos en parte, de un fundamental buen sentido compartido por la colectividad nacional. "A los costarricenses, afortunada-

"mente, quizás un poco como a los atenienses del florecimiento griego, nos resulta sumamente "fácil aceptar explícitamente que la libertad del hombre es uno de los fines más nobles que ha "de tener la educación". (pág. 33).

¡Cuán justa, cuán pertinente resulta esta evocación del tradicional buen sentido de las gentes para referir a él una esencial vocación universitaria! Véase ahora lo que en el libro en cuestión sigue al texto que se acaba de citar: "Quizás no se acepte con la misma facilidad, pero es igualmente cierto, que las generaciones encargadas de la educación, seguramente influidas por muchos años de teoría socialista, antes de que la experiencia más reciente hubiese podido efectuar la confrontación de la teoría con la realidad, no han dado la debida atención al propósito de encaminar la educación a la libertad como a un fin".

No faltan, por desgracia, países en América donde este tradicional buen sentido colectivo, enturbiado por excesos doctrinarios, acosado por ideologías extremas, está a punto de desaparecer del todo. Y —si esto ocurriese— con él se perdería algo que es a la vez indispensable e irremplazable por otra cosa.

Después de un certero y breve análisis del significado de la educación, el autor indica en sucesivos capítulos el camino para llevar a cabo el ideal educativo; una clasificación de los diversos tipos de métodos de educación, todo ello montado sobre la docencia universitaria aunque con amplias referencias a la segunda enseñanza, bibliotecas, orientación vocacional, etc.

El libro reproduce un conjunto de lo que podría llamarse "exhortaciones al profesorado" redactadas cuando su autor ejercía el cargo de Decano. Esta es a mi juicio la parte débil de la obra. Este género de escritos estaban justificados bajo la pluma de un San Pablo porque iban dirigidos a comunidades cristianas distantes. ¿Habremos de reconocer que entre el Decano y los profesores y entre los diversos profesores de una misma Facultad, hay también una distancia tan grande que obligue a comunicarse epistolarmente sobre el espíritu de la propia vida académica o sobre las propias iniciativas de superación? Pues sí. Tal distancia es universitariamente un hecho innegable; el aislamiento en el que transcurre la vida docente de cada profesor es un mal serio y no localizado en un país concreto sino general; un mal además que va agravándose.

La reforma de la Universidad ha llevado en todas partes emparejada la construcción de edificios de una nueva y flameante Ciudad Universitaria. Entre las numerosas y científicas ventajas de estos conjuntos de edificios de nueva planta no viene incluida la única que precisamente poseían los viejos y denegridos caserones: la intimidad. Aquello que en todas partes hemos perdido —también en Madrid—, con los alardes de la nueva arquitectura, es el recogimiento, es aquel marco que invita al diálogo íntimo y cotidiano. Quizás han quedado así favorecidas las reuniones de carácter administrativo y electoral pero es ciertísimo que el contacto humano entre los profesores ha sufrido serio menoscabo; el diálogo con el colega, medio a través del cual discurre y se vivifica la consagración de cada profesor, y por medio del cual se renuevan quizás o se fortalecen sus ideales docentes, apenas halla ahora un lugar donde cobijarse. Aquella "profesión" de maestro que debe ser y fue una integral forma de vida y dedicación, se ha convertido en un profesionalismo ejercido de tal a tal hora dentro de un cuadro de obligaciones impuestas que apenas dejan resquicio dónde instalar una devoción docente espontánea y generosa.

Pero semejante desequilibrio de nuevo cuño queda tanto más de relieve en América, depositaria de un hondísimo sentido del valor humano, del valor de ejemplaridad que tienen la ciencia y la cultura. En Europa se ha llegado a aceptar una distinción total entre la "competencia profesional" y la "vida personal". América todo lo más transigirá provisionalmente ante estos distinguos pero en el fondo de su ánimo los americanos creen que aquello mismo que escrito en los libros, es una ciencia ha de convertirse en una sabiduría humana una vez entendido y poseído por el espíritu del estudioso. Y desde este punto de vista América supera al continente viejo: cifra mayores y más altas esperanzas en el estudio en la ciencia, en la Universidad.

El libro que aquí comento, da ancho testimonio —entre muchas otras cosas— de estas sumarias apreciaciones mías. Quizás en algunos capítulos sus más fecundas consideraciones quedan ocultas debajo de una excesiva voluntad de equilibrio y sensatez. Dada la juventud del autor quedamos aguardando nuevos y más amplios frutos de su pluma, tan bien intencionada y tan competente.